

Campillanos, campillanas, paisanos, paisanas. Amigos todos. Muy buenas noches. Tengo que empezar dando las gracias a todo el ayuntamiento, a todo el pueblo de Campillo, por haber confiado en mí como pregonera de las fiestas del pueblo. Es un honor, ya sé que es algo que suele decirse y que parece que sea obligado, pero en este caso, en mi caso, ni puedo ni quiero comenzar de otra manera: es un honor, un privilegio y una responsabilidad que sean mis palabras las que den comienzo a una de las citas más importantes de Campillo de Altobuey. Las fiestas en honor a la Virgen de la Loma.

Dentro de unos instantes (seré breve, lo prometo), comenzará una nueva edición de las Fiestas en honor a la Virgen de la Loma, a nuestra patrona. Porque la Virgen de la Loma es la patrona de todos los campillanos y las campillanas, sean o no creyentes y practicantes, vayan o no a misa todos los domingos.

Cada 7 de septiembre, durante años, nos hemos reunido aquí para acompañar a las damas y para atestiguar que somos parte activa de una fiesta en la que, antes que nosotros, participaron nuestros padres, y los padres de nuestros padres, y los de éstos también. Es un orgullo para mí estar aquí hoy, porque es un orgullo para mí decir que yo soy campillana. Que he pasado noches y noches ahí abajo, en la plaza, que me he hartado de bailar en las verbenas, que una vez perdí un zueco subida en la noria, que me disloqué la muñeca en los coches de choque, que lloraba como una magdalena cuando me tenía que volver a casa, a veces en el coche de mis padres y a veces en el autobús azul y blanco, el correo, que tenía la parada frente a la tienda de el Bolo, porque no me quería ir de aquí, porque no me quería separar de mi prima Julia, ni de todo lo que esto representaba. Porque aquí he crecido y he sido libre y sobre todo, feliz.

Por eso, en el sentido figurado y en el literal también, Campillo de Altobuey siempre ha estado presente en mis novelas, desde la primera, que no me atreví a usar el nombre verdadero y parte de la acción transcurría en un pueblo que se llamaba Los Campos (qué sutil), hasta la última, en la que ya me pudo el orgullo campillano y lo cité sin pudor: Campillo de Altobuey. Y cuando me preguntan, porque los periodistas y los lectores siempre lo preguntan todo, cuando me preguntan si ese pueblo existe, yo digo que sí, que existe y que es mi pueblo. Pero estar aquí hoy es también una responsabilidad. Quiero ser capaz de hacerlo bien. Quiero ser capaz de expresar con palabras ese sentido de pertenencia que Campillo genera en todos nosotros, los que estamos aquí hoy, y los que no han podido venir pero vendrán en cualquier otro momento, porque como bien dice el monolito que despide a los que se van del pueblo: de Campillo te irás, pero volverás.

Los historiadores no conocen la fecha exacta de la fundación de Campillo de Altobuey, aunque si se sabe que este lugar adquiere conciencia histórica a partir de la conquista de Cuenca por Alfonso VIII el día de San Mateo, el 21 de Septiembre, de 1.177. Tranquilos. No voy a hablar de historia, o, al menos, de Historia con mayúsculas. Pero si menciono esta fecha, este dato, es porque en el siglo XII, cuando medio mundo se batía con el otro medio en las cruzadas y Europa, que es como decir el mundo, vivía sumida en la Edad Media, este pueblo empezó a fraguar lo que sería después. Y no me refiero a que atesorase una riqueza arquitectónica y patrimonial poco vista en otros pueblos de las mismas características. Aunque no le voy a restar importancia al riquísimo patrimonio monumental religioso de este pueblo, que cuenta con muestras del mejor barroco de Cuenca. No hay más que ver el Convento, la Iglesia, o todas las

ermitas, casi ningún pueblo tiene tantas, en pie o en ruinas. Y también los edificios civiles, las casas señoriales que dan fe de la rica historia pasada de este pueblo, que alcanzó, como sabéis, gran riqueza al estar enclavada en el Camino Real a Madrid.

Quizá por eso, por ese pasado vinculado al trasiego de la gente que va y viene, el campillano tiene un carácter abierto y acogedor, propenso a la diversión y a la risa, como demuestran los motes por los que la gente se conoce, se reconoce, por encima de los propios nombres. Los perros, los barquilleros, los ollereros, los picas, los Migasecas, los ventorros, conviven con los matapadres, los puteros, los meamostos, los pichadulces o los patahelás. Es el carácter de un pueblo alegre. Un campillano, como dice el vídeo “Orgullo campillano” que circula por la red, que nunca dice “no estoy de acuerdo pero no me apetece discutir” sino que dice, simplemente, ea. Es un carácter orgulloso de sus raíces, que aunque haya pasado más tiempo fuera del pueblo que dentro, como mis padres, nunca deja de decir ea, ni aguante, ni miaja, ni aguante una miaja.

Un carácter amable y luchador que ha sabido adaptarse a los tiempos, reinventarse desde aquel pasado floreciente hasta un presente quizá menos rico pero, desde luego, igualmente feliz. Y nunca mejor dicho que hoy. A eso me refería cuando hace unos instantes he dicho que no iba a hablar de historia con mayúsculas. A mí no me gustan las cifras, las fechas, los datos. Me gustan las personas que se esconden detrás. En el siglo XIX, Campillo llegó a tener casi 4.000 habitantes. Hoy, hablamos de poco más de 1.600. Pero detrás de esos números, están las personas. Estáis vosotros, que sois Campillo. Y eso es lo que más me gusta de este pueblo. La gente. Su gente. Hace unos años, mis padres, que llevaban mucho tiempo sin volver a pasar las fiestas, regresaron. Yo les previne: el pueblo que recordáis, ya no existe. Las cosas cambian, las calles cambian, las personas cambian. Lo dije pensando en esa película de Giuseppe Tornatore que seguro que habéis visto, Cinema Paradiso (y si no, por cierto, aprovecho para recomendarla), cuando el protagonista regresa a su pueblo, Giancaldo, y apenas reconoce unos pocos rostros y ningún lugar. Hoy, que están aquí, igual que casi toda mi familia, me doy cuenta de que estaba equivocada.

Este pueblo puede ser más grande; puede haber asfaltado calles que en mi cabeza eran de tierra, donde yo recordaba campos ahora puede haber urbanizaciones... Pero siguen existiendo el Coso, la calle larga, la calle honda, el liso. Este es mi pueblo. Nuestro pueblo.

La última vez que estuve aquí, vine para enterrar a mi abuelo Gregorio. Mi abuelo, que fue una de las personas a la que más he querido en la vida, siempre quiso volver. Y volvió para siempre. Supongo que donde quiera que esté, estará satisfecho, como todos los que ya se han ido.

No quiero ponerme triste, porque este es un momento alegre. Pero sí quiero acordarme de él, y de todos los que ya no están. Si no con alegría, al menos, sí con una sonrisa. Es importante recordar. Como dijo Pavese, recordar algo significa verlo por primera vez, así que mientras recordemos a quienes hemos querido, podremos verles de nuevo.

Pero hablemos de las fiestas. De estas fiestas que en estos tiempos complicados os pido que disfrutéis no como si fuera la última vez, si no, como esos recuerdos de los que habla Pavese: como si fuera la primera.

Hablemos de estas fiestas que van a ser inolvidables, sobre todo para, la reina. Y para sus damas de honor. Os pido por favor que saboreéis estos días, porque van a formar parte de vosotras y de vosotros, y os van a acompañar toda la vida. Sed felices, y haced partícipes de esta felicidad a todo este pueblo que hoy os acompaña. Porque están aquí por vosotras. Porque no sólo sois las protagonistas. Sois la punta del iceberg de todo el esfuerzo colectivo que supone organizar unas fiestas de una envergadura y una calidad como las que están a punto de comenzar. Unas fiestas que, lo sé bien, reúnen a personas no sólo de toda la comarca, sino de toda la provincia e incluso, de toda España.

Personalmente, a estas fiestas les debo mucho, hasta casi mi nombre. Hace muy poco, unos minutos, que acaba de pasar mi cumpleaños. De haber nacido un poco más tarde, me llamaría María de la Loma Amoraga Toledo, cosa que, por cierto, me llenaría de orgullo. Durante años, muchos, pasé aquí, ahí abajo, y ahí arriba, donde vivía con mis tíos cuando estaba aquí, todos los días de mi cumpleaños. En realidad, pasé aquí todos los días desde que las clases terminaban hasta que empezaban. Aquí he jugado como en ningún otro sitio, y he vendimiado, he plantado rosa, he rematado la ropa de Dizuni... Puedo decir sin miedo a equivocarme que no sería la misma sin mi infancia en estas calles. No voy a aburrir a nadie con los recuerdos de Julia la legañososa, con la tienda de Eleno en la que se podía comprar prácticamente de todo, con las tardes en la loren-lu, donde mi hermano, que hoy también está aquí, me cobró todo lo que tenía, que era poco, pero que era todo, para que un chico me sacase a bailar un lento por primera vez en mi vida. Muchos de estos recuerdos están en mis novelas, ya lo he comentado, y todos, en mi cabeza.

Creo que fue Rilke quien dijo que la infancia es la verdadera patria del hombre. Es el territorio más íntimo del ser humano, el que nos forma, el que nos acompaña siempre, en el que se encuentran todas las justificaciones al comportamiento de los adultos. De hecho, para ser un buen adulto conviene tener bien presente al niño que se fue, a los niños que fuimos, a las cosas que nos ilusionaron, todo aquello que nos hizo querer crecer y querer creer en la vida que nos esperaba. Y hablando de creer... Cuenta la historia, mejor dicho, cuenta la leyenda, que la Virgen de la Loma estuvo directamente implicada en la reconquista de Cuenca por parte de los cristianos, al generar un haz de luz que cegó a los moros y dio la victoria a las tropas cristianas sobre los infieles. También nos dice la leyenda que la imagen se apareció en una loma a un carretero que estaba de paso por la localidad. El carretero se la llevó para regalársela a su esposa, pero la imagen desaparecía de sus alforjas y regresaba una y otra vez al lugar en el que la había encontrado. El carretero en vista del milagro entró en la localidad donde contó la historia y los lugareños acogieron la imagen como propia y milagrosa, construyéndose en el lugar de la aparición el santuario. No voy a entrar en valoraciones sobre la veracidad o no de estas historias, aunque tengo mi opinión... Porque realmente, creo que la Virgen de la Loma sí hace milagros. Hace pequeños milagros en las personas pequeñas que hacen grande la historia. Hace milagros como este. Como que este pueblo, un pueblo que fue grande y que ahora es pequeño, triplique su población en estos días. Se habla de los habitantes de un pueblo como de almas. Pues en este pueblo, mi pueblo, nuestro pueblo, hoy y los próximos días, habrá miles de almas llegadas de todos los puntos del país.

Habrán cambiado turnos de trabajo, habrán hecho malabares con el tiempo y con el dinero. Y vendrán para celebrar las fiestas de la Virgen de la Loma, como antes que ellos hicieron sus padres, y los padres de sus padres, y los de ellos también. Y ese es el mayor y el mejor de todos los milagros posibles. Viva La Virgen de la Loma, Viva Campillo de Altobuey. Pero, sobre todo, vivan los campillanos y las campillanas que siguen manteniendo la ilusión por la tierra y el orgullo de ser campillanos.